El conflicto armado en el Pacífico colombiano: la condición étnica de la guerra.

El caso de Sabaletas

Neil Humberto Duque Vargas, Jennifer Alexandra Pineda***

La memoria histórica: “un camino hacia un nuevo horizonte”¹

En el actual contexto colombiano, las víctimas cumplen un rol innegable como actores políticos. Los trabajos sobre la memoria sirven, de alguna manera, de plataforma de enunciación de demandas regionales,

* Profesor de la Universidad de San Buenaventura, Cali. Asesor de la iniciativa “Identidad, Memoria e Imágenes” que se realizó en la vereda de Sabaletas del municipio de Buenaventura, en convenio con la Universidad de San Buenaventura y la Misión de Apoyo al Proceso de Paz de la Organización de Estados Americanos (MAPP/OEA). Correo electrónico: nhduque@usbcali.edu.co

** Estudiante del programa de Psicología de la Universidad de San Buenaventura, Cali. Pasante en la iniciativa “Identidad, Memoria e Imágenes”. Correo electrónico: jenna15100@hotmail.com

¹ Frase con la que un participante de la iniciativa define su percepción de la memoria histórica (relatoría de campo del 7 de agosto de 2009, proyecto Identidad, Memoria e Imágenes de la Universidad de San Buenaventura).

étnicas, de género y de grupos específicos de víctimas. En este sentido, operan también como un canal articulador y generador de prácticas e iniciativas ciudadanas (Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación [CNRR], 2009a, p. 19).

El conjunto de las acciones de reparación a las víctimas –que comprende la restitución, la indemnización, la rehabilitación y las medidas de satisfacción y no repetición de los hechos victimizantes– se orienta a la implementación de acciones simbólicas en las que ciertamente los principios de verdad, justicia y reparación se conjugan para devolver la dignidad a las víctimas. Es en esta perspectiva que las experiencias de reconstrucción de los hechos desde la memoria histórica adquieren sentido, en la medida en que el ejercicio de historización realizado por las víctimas hace emerger una verdad que libera de la angustia y el silencio. Esta verdad se convierte a su vez en acción reparadora y reivindicativa de una justicia que si bien puede aportar a la verdad judicial, lo fundamental radica en la fuerza dignificante de la experiencia dialógica, a través de la cual la escucha del otro recupera la condición de humanidad, en tanto ha sido obnubilada por la violencia brutal ejercida por otros seres humanos.

La propuesta de hacer memoria histórica de las acciones cometidas por los grupos armados en el marco de la confrontación bélica que atraviesa Colombia tiene la finalidad de contribuir a la construcción de caminos posibles para la superación del conflicto y la reconciliación, en la medida que la reconstrucción de las diferentes verdades genera escenarios de diálogo entre los ciudadanos víctimas y otros actores sociales. En este contexto, la reparación individual y colectiva pasa por la discusión y reivindicación de los derechos vulnerados, situación que termina por superar los hechos de victimización generados por el conflicto armado y hacer posible adentrarse en las reflexiones que tienen que ver con la exclusión histórica que se configura desde los modelos de desarrollo social predominantes en los países

latinoamericanos. Por tanto, la memoria histórica propicia escenarios necesarios para el ejercicio y el fortalecimiento de la democracia.

Las masacres: la atrocidad intencionada de la barbarie

El signo distintivo de las masacres como prácticas de violencia extrema radica en la derogación de proscripciones sociales y morales en el uso de la violencia, centradas en una explotación del estado de indefensión de las víctimas a través de su número colectivo (Suárez, 2007, p. 11).

En el Informe para Colombia del Alto Comisionado de Derechos Humanos de las Naciones Unidas (2000) se entiende por masacre el asesinato colectivo de más de tres personas protegidas por el Derecho Internacional Humanitario (DIH); por su parte, en el Informe Anual de Derechos Humanos y DIH del Ministerio de Defensa (2002) se lee que masacre es el asesinato simultáneo de más de cuatro personas no combatientes, protegidas en tal sentido por el DIH.

Las masacres, expresión extrema de la violencia, fueron numerosas en la época de la violencia bipartidista a mediados del siglo pasado. Aunque se suponían desterradas del conflicto armado de Colombia, volvieron a aparecer a finales de la década de los ochenta, y luego tuvieron un auge en los mecanismos de terror utilizados particularmente por los grupos paramilitares en la década de los noventa y principios del nuevo milenio. El Grupo de Memoria Histórica de la CNRR registra 2505 masacres entre los años 1982 y 2007, periodo en el que fueron asesinadas 14.660 personas (CNRR, 2008).

Si bien las masacres tienen características comunes —por ejemplo, el hecho de constituir un asesinato colectivo—, hay ciertas acciones que hacen que se diferencie una masacre de otra (Suárez, 2007). Algunos de estos signos son, por ejemplo, el tipo de víctima —que pueden ser mujeres, niños o una comunidad étnica—, o el uso de instrumentos para producir dolor y sufrimiento,

pues la mutilación de los cuerpos muertos constituye una profanación simbólica y material del cuerpo de la víctima.

Estos rasgos distintivos de las masacres están directamente relacionados con el impacto social que busca generar el perpetrador en la población sobreviviente, en tanto las masacres tienen por objeto incidir en la vida comunitaria. Cuando las estructuras importantes de una comunidad, como sus instituciones, organizaciones, referentes religiosos y diversas expresiones culturales, se ven amenazadas y violentadas impunemente mediante el terror, el tejido social no puede actuar en su papel tradicional, porque sus puntos de apoyo han sido vulnerados; sus proyectos de vida, censurados; sus referentes, eliminados; y sus prácticas, castigadas. En otras palabras, la dinámica del entramado relacional se paraliza, y se carece de un soporte colectivo en el cual elaborar el duelo, buscar sentido y reorganizarse:

La intensidad y la fuerza del impacto de los hechos en la comunidad tienen relación con las características y formas como se perpetraron los crímenes. En lo referente a las características del hecho traumático se ha confirmado que si el suceso es intenso, severo, implica oscuridad o ruido, es rápido, no previsible, incontrolable e implica pérdidas personales, va a producir en general un mayor impacto. Los hechos traumáticos colectivos tienen también un mayor impacto social y psicológico (Berisntain, 1999, p. 29).

La población de Sabaletas ha sido víctima de tres masacres: la primera en 1995, cometida por el Frente 30 de la guerrilla de las FARC, que dio muerte a cinco personas y cuyos resortes fueron el control de la población de la vereda y realizar “limpieza social”²; la segunda ocurrió el 11 de mayo de 2000, en la que asesinaron a ocho habitantes en las calles de la vereda y tres más en la zona rural de las veredas vecinas; la tercera masacre ocurrió

2 Frase estigmatizante con la que comúnmente se hace referencia al homicidio de personas que a los ojos del asesino son escoria social, tales como ladrones, mendigos, drogadictos, entre otros.

el 14 de junio de 2003 en una discoteca, cuando algunos de los pobladores del caserío celebraban el Día del Padre; en este hecho se dio muerte a seis personas, se hirieron a otras cuatro y se provocó el desplazamiento de 1862 personas más (Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH, 2003). Estas últimas masacres fueron perpetradas por los paramilitares, según lo confesó, en versión libre de septiembre de 2008, alias “HH”, comandante del Bloque Calima de las Autodefensas; el objetivo era neutralizar la presencia de la insurgencia en la población y arrebatar su control. En su momento, estas tres incursiones generaron un éxodo masivo de la población hacia otros lugares, un desabastecimiento de alimentos y algunas restricciones en el transporte.

Las incursiones violentas han transformado las formas de acontecer la vida en la vereda. Las personas asesinadas hacían parte de la composición imaginaria y simbólica desde las que se habita el territorio. Los jóvenes eran hijos que pertenecían a familias, grupos, organizaciones. Las mujeres y los hombres adultos participaban con los demás en las prácticas y ritos que recreaban el cotidiano vivir de las comunidades, que en el caso de la vereda de Sabaletas, cuya población es afrodescendiente, se dan desde expresiones familiares y comunitarias con fuerte arraigo en las tradiciones, ritos y celebraciones, llenos de ritmo y cánticos que acompañan las prácticas sociales.

Con el pasar del tiempo, los continuos hechos de violencia y las nuevas amenazas traen repercusiones evidentes sobre lo que podría ser el sentido o sentimiento de vida comunitario; el destino parece no pertenecerles, la capacidad de decisión es limitada, la incertidumbre frente a la vida los invade de manera angustiosa. El sentimiento de pérdida del territorio, la labilidad en el ejercicio de la norma que preludia la anomia social y el clima de temor que aún se siente en la comunidad de Sabaletas ha configurado una serie de circunstancias a partir de la cual la población, sintiéndose incapaz de la autorregulación de sus miembros, cede la autoridad al fantasma del grupo armado, a cuya norma debe someterse.

El sentido de pertenencia, sentir que se es parte de, la sensación de que se ocupa un lugar en alguno o algunos de los espacios en que se desarrolla la vida humana, tales como la familia, la escuela, la comunidad, es fundamento de la posibilidad de existir; aquí se juegan los procesos de identificación humana. La socialización es ese proceso de vinculación del individuo a la comunidad humana donde se realizará como sujeto.

La sensación de pérdida del sentido de pertenencia representa una crisis identitaria, un vacío en el ser que experimenta la angustia de sentir, expresado, por ejemplo, en la enajenación que produce el desarraigo del territorio de vida, en la negación del otro en la interlocución frente a la vida comunitaria o, por último, en sentirse a la deriva, en una incertidumbre agobiante por el futuro, debido a la continua acechanza de los grupos violentos.

Estas situaciones problemáticas se presentan en la convivencia comunitaria en Sabaletas y sus connotaciones rebotan, provocando la necesidad de conocimiento y una apertura hacia la reflexión. Tales circunstancias, en su conjunto, parecieran indicar una afectación en la vida comunitaria, donde esta fenomenología de la realidad evoca un referente conceptual que sitúa un ángulo de reflexión; referente que en la literatura académica se ha movido como “sentido psicológico de comunidad” (Sarasón, citado en Maya, s.f.) o como “sentimiento de vida comunitaria” (Sánchez, 2009). Como lo refiere Maya (s.f.), son McMillan y Chavis quienes definen de manera explícita los componentes del sentido de vida comunitario, a saber: pertenencia, influencia, integración, satisfacción de necesidades y conexión emocional compartida.

Según Sarason, el concepto de sentido psicológico de comunidad está soportado en

la percepción de similitud con otros, el reconocimiento de la interdependencia con los demás, la voluntad de mantener esa interdependencia

dando o haciendo por otros lo que uno espera de ellos, [y] el sentimiento de que uno es parte de una estructura más amplia, estable y fiable (citado en Maya, s.f., p. 3).

Interdependencia, voluntad, reciprocidad y pertenencia son los aspectos que para Sarasón favorecen el sentido psicológico de comunidad.

Sánchez (2009) sostiene que en la revisión de la literatura hecha por él, el sentimiento de comunidad (*sense of community*) se compone de dos situaciones que persisten de manera contradictoria: lo relacional (interdependencia) y lo territorial (arraigo). Sánchez (2009), parafraseando a Sarason, definirá el sentimiento de comunidad como “un sentimiento de pertenencia, mutualidad e interdependencia voluntaria” (p. 165).

Por otra parte, la recurrencia a este mecanismo de terror en la violencia actual significa más que una forma de degradación del conflicto o una forma sistemática de acción social y política. Masacres como la de Trujillo y las que se dieron en el Urabá antioqueño tenían móviles contrainsurgentes y de intimidación de la población. En la nueva lógica de la guerra vivida en las últimas dos décadas en el país, las masacres han significado, además, la vinculación de la población civil al conflicto, el destierro de la población y la toma del control del territorio por parte de los grupos armados ilegales.

En el caso de la vereda de Sabaletas –como sucede igualmente en múltiples territorios del litoral pacífico–, los móviles de la guerra van más allá de la lucha contrainsurgente, pues tienen que ver con la apropiación violenta del territorio de comunidades afro e indígenas, ya sea para ubicar proyectos de explotación de los recursos naturales a escala industrial o, en el caso de actividades ilícitas como el narcotráfico, para el cultivo y tráfico de estupefacientes. Un habitante de la vereda lo expresará así:

Aquí hay unos megaproyectos ya montados [...] Somos nosotros con la resistencia y con esa hermandad que podemos alcanzar si es que

podemos vivir en este pueblo o no vamos a poder vivir aquí [...] Y los viejos de nosotros nos decían: “a cada uno de nosotros de afuera vendrán y de tu casa te echarán” (relatoría del 9 de octubre de 2009).

Consecuencia de esto es la desaparición de las comunidades étnicas históricamente asentadas en los territorios del litoral pacífico, cuya propiedad colectiva reconoce la ley (Ley 70 de 1993). Son también consecuencias las marcas del terror que quedan en los lugares del pueblo, las fechas que significan rituales de celebración, el silenciamiento de los discursos mágicos y religiosos, el desarraigo de los que se van amenazados o aterrorizados, la intimidación a los que se quedan, la desconfianza en la vida comunitaria. Estas circunstancias generan un extrañamiento del territorio, pues el desarraigo es propiamente esa pérdida del referente de la tierra, del territorio de vida:

Arrancar de la tierra, desenraizar del paisaje, romper el paisanaje; hacer que nos reguemos los que llevamos el mismo paisaje por dentro, los paisanos. Es también cortar la savia, arrancarnos del árbol que nos une y da sentido a nuestra existencia, porque nosotros somos como un tronco con todas sus ramas y se nos está matando la posibilidad de los renacientes (líderes comunitarios rurales del Pacífico, citados en Arboleda, 2007, p. 474).

Las masacres perpetradas por los violentos han impactado profundamente la relación de la comunidad de Sabaletas con su territorio. Estas rupturas se expresan en fenómenos como el desplazamiento masivo de personas y familias, la enajenación de la relación con el territorio y el nuevo repoblamiento de la vereda; hechos que van a operar como determinantes de una nuevas formas de relación, caracterizadas por la desconfianza, el reclamo y la estigmatización.

Las familias y personas que han retornado experimentan una transformación en las formas de relacionarse con los demás y con el territorio mismo.

En este último –particularmente respecto a los lugares donde ocurrieron los hechos– se representa el dolor y el miedo que enfrentan a partir de una cierta reconfiguración de la territorialidad, lo que implica cambios en y del lugar de habitación, como también la evitación de los lugares donde se dieron los hechos.

En la relación con los demás habitantes, se ha inaugurado una tensión que se expresa a modo de reclamo de los que se quedaron hacia los que retornan. Un hecho concreto ilustra esta situación: haber perdido la oportunidad de acceder a un plan de vivienda que por ese entonces ofrecía el municipio, pero que se perdió por no estar presente, en el momento, la población beneficiaria suficiente:

Para nosotros hacer el mejoramiento de vivienda teníamos ochenta familias; y para complementar las ochenta hubo que salir a buscar vecinos afuera, y desgraciadamente por maquinaria de la misma gente de afuera nos dañaron el mejoramiento de vivienda (relatoría del 9 de octubre de 2009).

Detrás del reclamo se anida, por un parte, una tensión entre el extrañamiento y el sentir que no se cuenta con el otro; por otra, surge el percataimiento de la necesidad del otro para construir colectivamente los destinos de la vereda:

Entonces tenemos que ser más esquivos, tenemos que ser más celosos, tenemos que cuidar lo nuestro, porque nadie va a venir de afuera a cuidarnos. Si nosotros no nos cuidamos entre sí, nadie lo va a hacer por nosotros, porque los intereses que hay aquí en este pueblo son demasiados [...] grandes, y nosotros no tenemos las herramientas para defendernos de esas personas (relatoría del 9 de octubre de 2009).

La situación de abandono e indefensión posterior a los horrendos sucesos provoca la necesidad de liderazgos comunitarios, que desde diferentes

prácticas tradicionales o coyunturales puedan establecerse para recuperar la autonomía, mantener y mantenerse en el territorio, previniendo la anomia que favorece el sometimiento:

A pesar de tanto sufrimiento y masacre..., a pesar del desplazamiento, los poquitos que estamos, estamos unidos y esperando a que esto mejore. Y está mejorando, porque todos, adultos y niños, estamos colaborando y recibiendo a los que vengan a ayudarnos (relatoría del 20 de junio de 2009).

Este posible escenario de la participación comunitaria es convocado por la necesidad de pertenecer, de tener un lugar en la vida en comunidad. En palabras de Jelin (2001),

estos procesos de desarraigo paradójicamente llevan también a una búsqueda renovada de raíces, de un sentido de pertenencia, de comunidad. Pertenecer a una comunidad es una necesidad humana, es un derecho humano (p. 91).

La verdad y la memoria: entre el olvido, el silencio y la continuidad del conflicto

El derecho a la memoria ha ido logrando progresivas formulaciones en los trabajos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). El principio n.º 2 del conjunto de *Principios para la Protección y la Promoción de los Derechos Humanos y la Lucha contra la Impunidad* establece:

El conocimiento por un pueblo de la historia de su opresión forma parte de su patrimonio, y por ello, se debe conservar adoptando medidas adecuadas, en aras del deber de recordar qué incumbe al Estado. Esas medidas tienen por objeto preservar del olvido la memoria colectiva,

entre otras cosas para evitar que surjan tesis revisionistas y negacionistas (ONU, 1997).

El territorio donde se asienta la población de Sabaletas, en la costa pacífica, es una región excluida históricamente del desarrollo. Según Urrea (2008), en esta región se evidencian una serie de brechas que reflejan la situación de exclusión social, a saber: brechas urbano-rural, interregionales, de género y condición étnico-racial:

En efecto, la superposición de ordenamientos territoriales, la multiplicidad de intereses y la creciente presión del mercado sobre los recursos naturales han significado obstáculos para la construcción de consensos sobre el modelo de desarrollo para estas regiones y han generado graves conflictos económicos, sociales y culturales. Municipios como Buenaventura se caracterizan por ser regiones deprimidas, con altos índices de necesidades básicas insatisfechas, a pesar de la riqueza de sus suelos y ecosistemas. Las comunidades que las habitan ven afectados seriamente sus derechos sociales, económicos, políticos, culturales (Defensoría del Pueblo, 2003, p. 15).

La guerra es correlativa a la expansión, hacia esta región, de intereses económicos, políticos y militares, en una suerte desafortunada de redescubrimiento de las riquezas geoestratégicas del Pacífico: su selva, su minería, su acceso al mar.

El olvido histórico es menester descifrarlo, proponer la escucha para que las comunidades negras narren la historia de su exclusión, que quizás tenga su expresión extrema en la desaparición violenta de sus miembros, como en el caso de las masacres:

El olvido hipoteca el presente y el futuro a un modelo de sociedad diseñado por los victimarios, puesto que, olvidadas las víctimas con sus proyectos y sueños, aún más, sepultadas estas bajo una censura

inconsciente manipulada por el terror, solo se afirma como viable hacia el futuro el proyecto histórico de quienes lograron destruirlas, los cuales no quedan ilegítimados socialmente, gracias precisamente al olvido (Giraldo, 2004, p. 2).

La acción de hacer memoria desde la óptica de las víctimas es un contrapeso indispensable para la reconstrucción del tejido social y del sentido de vida comunitario después de haber vivido un acto violento. La reconstrucción del pasado que incorpore las narrativas de las víctimas afianza una perspectiva de futuro, ya que este no puede concebirse como más de lo mismo.

Por otra parte, las experiencias de reconstrucción de hechos violentos y de lesa humanidad llevados a cabo en los diferentes países de América Latina por parte de las diferentes comisiones de la verdad (Cuya, 2001) han sido posibles en condiciones de posconflicto y de transición hacia la democracia. La memoria histórica para la reconstrucción de lo sucedido y la revelación, tensión y articulación de las diversas versiones tiene su origen en las investigaciones llevadas a cabo por las comisiones de la verdad, realizadas una vez superados los regímenes militares dictatoriales o en plena cesación de las armas y reconciliación democrática.

El caso colombiano es distinto: estamos en conflicto. Luego, ¿es posible reparar en condiciones de conflicto? ¿Qué límites y posibilidades enfrenta la memoria histórica cuando los grupos armados aún hacen presencia, intimidan, amenazan, desaparecen personas, desplazan población, asesinan? La no repetición de hechos victimizantes es una condición *sine qua non* para hacer valer los principios de verdad, justicia y reparación; la no repetición de los hechos es garantía de voluntad y deseo de reconciliación de los actores armados, sin la cual el enfrentamiento recrudece su círculo vicioso de violencia, provocando una nueva frustración nacional.

La memoria histórica en medio del conflicto armado tiene, por lo pronto, cuatro propósitos:

1. En un principio se trata de generar condiciones de acompañamiento que favorezcan la construcción de confianza entre la comunidad y los actores sociales que llegan a apoyar sus procesos de recuperación y desarrollo. También se trata de construir espacios donde se afiancen las posturas valorativas frente a la vida, se tejan solidaridades y se fortalezca el sentimiento de vida comunitario.
2. En otro sentido, hacer memoria histórica en medio del conflicto implica anclar las circunstancias del presente a la identidad colectiva construida por los pueblos y las comunidades en su devenir histórico; se trataría, si se quiere, de apuntalar la necesidad de futuro promisorio y esperanzador en el reconocimiento consciente de las formas culturales, que en los ámbitos de lo familiar, lo productivo y lo político han operado como elementos identitarios de las comunidades. La memoria que narramos hoy posee las marcas y las inflexiones de un relato de vida de las historias de hombres y mujeres que han construido un sentido de vida comunitario en un territorio, donde han echado raíces, han procreado una descendencia y han configurado una cultura que fortalece el lazo social; todo ello amenazado por la guerra.
3. Hacer memoria histórica en medio del conflicto es explorar formas de resistencia de las comunidades ante los actores armados violentos y ante la barbarie de la guerra; es decir, debe acompañarse el “estar-siendo” de las comunidades y de las instituciones en la elaboración consciente del momento, para asumirse como sujetos sociales y políticos que exigen a los actores en conflicto respetar su condición de población civil protegida por el Derecho Internacional Humanitario. Esto implica promover y defender el derecho a la justicia, la verdad y la reparación, el derecho inalienable de vivir en paz y con dignidad,

esto es, recuperar la autonomía. Como lo expresa un poblador de Sabaletas, “tranquilidad no significa que no haya problemas, sino que la gente los pueda resolver por sus medios, que no intervengan factores externos, ser autónomos”.

4. Por último, significa reivindicar la memoria individual y colectiva como una forma de romper con el silenciamiento al que han sido sometidas las poblaciones, ya que cada relato que se cuenta hace posible afirmar nuevamente que aquellos hechos sucedieron, que tal realidad fue vivida y sentida, que no es producto de la imaginación absurda o de la fantasía perversa.

Referencias

- Arboleda, S. (2007). Conocimientos ancestrales amenazados y destierro prorrogado: la encrucijada de los afrocolombianos. En *Afro-reparaciones: memorias de la esclavitud y justicia reparatoria para negros, afrocolombianos y raizales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Berinstain, C. M. (1999). *Reconstruir el tejido social*. Barcelona: Ícara.
- Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (2008). *Primer informe de memoria histórica. Trujillo, una tragedia que no cesa*. Bogotá.
- Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR) (2009a). *Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para reconstruir memoria histórica*. Bogotá.
- Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (2009b). *La masacre de El Salado: esa guerra no era nuestra*. Bogotá.
- Cuya, E. (2001). *Las comisiones de la verdad en América Latina*. Recuperado de <http://www.derechos.org/koaga/iii/1/cuya.html>

- Defensoría del Pueblo (2003). Resolución Defensorial Regional n.º 017: Sobre la situación de derechos humanos de la población desplazada en el municipio de Buenaventura. Bogotá. Recuperado de www.defensoria.org.co/pdf/resoluciones/regional/regional17.pdf
- Giraldo, J. (2004). Memoria histórica y construcción de futuro. Recuperado de <http://www.javiergiraldog.org/>
- Jelin, E. (2001). Exclusión, memorias y luchas políticas. En Mato, D. (Ed.). *Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 219-239). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Maya Jariego, I. (s.f.). Sentido de comunidad y potenciación comunitaria. Recuperado de www.senseofcommunity.com/.../Apuntes%20Sentido%20de%20Comunidad.Pdf
- Organización de las Naciones Unidas (ONU) (1997). La administración de la justicia y los derechos humanos de los detenidos (Doc. E/CN.4/Sub.2/1997/20/ Rev.1). Recuperado de <http://www.derechos.org/nizkor/doc/joinete.html>
- Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH (2003). *Informe anual de derechos humanos*. Bogotá.
- Sánchez Vidal, A. (2009). Validación discriminante de una escala de sentimiento de comunidad: análisis comparativo de dos comunidades. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 9(2).
- Suárez, A. F. (2007). *Identidades políticas y exterminio recíproco. Masacres y guerra en Urabá, 1991-2001*. Medellín: La Carreta Editores.
- Urrea, F. (2008). *El desafío de la ciudadanía plena frente a la exclusión social y la diversidad cultural en el Valle del Cauca. Informe regional de desarrollo humano*. Bogotá: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.